

4 junio 1914

[Recogido en "De esto y de aquello,"
tomo IV]



Divagación sobre el canto del arroyo

Cuantas veces visito el pueblo de Candelario, en la sierra de Béjar, y lo hago de cuando en cuando, gusto al recorrer sus calles pendientes, henchidas de sellos, oír el rumor vivo de los arroyos que por ellas corren. Debe de ser encanto poder dormirse en p blado, en medio de una mazorca de viviendas, junto á una calle civil, oyendo cantar al agua en curso. Y una agua limpia, batida. En la época de la matanza va roja de la sangre de las reses sacrificadas.

Y cuantas veces se habla con fingido desdén del arroyo, del arroyo de la calle, me acuerdo del encanto callejero de Candelario.

Peor, cien veces peor que el agua corriente del arroyo ciudadano, el agua estancada y muerta del pantano de cualquier sala. Aunque en ésta vivan las tencas mejor que en aquél.

¿Qué es eso de que no se deben recoger ecos del arroyo? Pues yo creo que mientras el arroyo no entre en ciertos pantanos en que se reúnen las tencas á callar, pero haciendo como que hablan y como que dicen algo, no hay arreglo posible.

Hay una frase de terrible hipocresía que jamás he podido oír sin sobrecogerme de enojo, y es aquella de «eso no se puede decir aquí, eso no se puede oír con calma!» Recuerdo que cuando allá, en mis mocedades, en las primeras luchas entre mi fe heredada y mi razón adquirida, leía libros de apologética ortodoxa para defenderme de la herejía que iba ganándome, encontré cuál era la fórmula que los apologetas empleaban al encontrarse con un argumento verdaderamente incontrovertible y al que no tenían qué contestar, y es que decían: «esto es tan absurdo, que no merece refutación». Y lo que no merecía refutación, me resultaba irrefutable. Y así, ahora, cuando oigo exclamar: «eso no puede decirse!», aún sin saber qué era ello, sin haberlo oído, me digo: «eso es, sin duda, lo que debe decirse!»

Lo que no debe hacerse, es andar diciendo y cachicheando por pasillos y enrucijadas lo que luego se calla ó se desfigura en el corro.

Si supieran bien todos esos que hablan con desdén ó con indignación—ambos fingidos—de los rumores del arroyo, á lo que nos huele el pantano, á los que estamos fuera de él, ¡á los que no somos ni tencas, ni ranas, ni renacuajos!, ¡á los que no nos cebamos con el légamo de la charcal!

Hay eufemismos verdaderamente terribles. Hace unos años se inventó el de irregularidad, por no decir robo, que es palabra disonante, poco..., vamos, no sé como decirlo, poco... correcta; y suele llamarse convencionalismo á lo que no es sino desvergüenza ó embuste.

Se puede decir todo, pero sabiendo decirlo, se dice. Pero yo os digo que este saber decir, no es sino saber callar, aparentando decir algo. Hay una verdad lógica y una verdad estética, y la eficacia exige que se digan las cosas de la manera más eficaz. Que en ciertos pueblos, en ciertos periodos, es la manera más cruda.

Y hay otra cosa que tampoco puedo oír sin estremecerme, y es cuando los escribas, fariseos, saduceos, filisteos y publicanos exclaman en coro: «no basta afirmar eso, ¡las pruebas! ¡las pruebas!» Hay que ver lo que llaman pruebas los abogabos de malas causas, que lo son los que abogan por la pitanza. «¡Pruebas! ¡pruebas!» le oía yo una vez—hace unos años—gritar á uno de esos desgraciados de los de doble naturaleza, es decir, de los que se creen autorizados para negar en público, y como hombres públicos, lo que en privado, como hombres privados, afirman y confiesan.

¿Y no habéis visto cuando un pequeño torbellino agita un momento el liso sobrehaz de la solemne charrea, nido de fiebres amodorradoras? Hay que ver entonces saltar y agitarse á las tencas, que ya que no sepan ni siquiera croar como las ranas, meten ruido chapaleando en el agua cenagosa.

Siempre he creído en la eficacia del bárbaro, es decir, del de fuera, del que cae en un ámbito que le es extraño y cuyas convenciones—esto es, cuyas vergüenzas—desconoce. Renueva una ciencia ó un arte, el que entra en ellas desea otra ciencia ú otro arte. Para triunfar de veras, definitivamente, en el teatro; quiero decir, para hacer algo dramático que sea para siempre—*eis aei* que dijo Tucídides—acaso la condición primera sea irrumpir en él como bárbaro, desde fuera, sin saber nada de ese estúpido galimatías de la teatralidad y del tecnicismo de los del mezquino oficio. Y el más grande predicador creó que sea el que nunca oyó un sermón ó ignore todas esas mandangas del exordio y la peroración y la confirmación y demás morralla de los indecentes tratados de retórica. Así como los hombres más de veras corteses y cultos que me he encontrado han sido pastores cuya nativa delicadeza de espíritu no estaba malinagrada por fórmulas y etiquetas de las que se aprenden en el protocolo ó en cualquier manualette de urbanidad. En





cuanto uno aprende á distinguir entre tú y usted y usía y vuccencia, aprende ó ser grosero bajo lo que se llama, por ironía, buenas formas.

Y, en todo caso, ¿cuáles son las buenas formas? Según los sastres, unas; según los escultores, otras. Y yo me atengo al criterio de los escultores—escultores de desnudo, por supuesto—y no al de los sastres.

Si alguna vez os ocurriese que, sentados al borde de una charca os pusiérais á leer en un periódico, para matar la siesta, la reseña de una sesión de Cortes, y estando así, en esa lectura, brczados por el croar de las ranas, os llegase el mosquito y os enfusara unas tercianas; que muy bien podría ser, os recomiendo que para curaros de las calenturas fuéseiis á Candelario, en el regazo de la sierra de Béjar, al pie de los neveros, y que, sentándoos á la puerta de una de aquellas casas, puertas que sirven de burladeros para con las reses, mientras oiais el canto fresco y limpio del arroyo de la calle, del bendito arroyo, que no lleva semillas de fiebre, pensárais en lo que haría un águila barbara que, herida en un ala, cayese sobre la charca desde el cielo y la revolviera, en las ansias de la agonía, antes de morirse ahogada en el cienago de sus aguas estancadas.

Desdichado el país donde las gentes pueden oír sin estremecerse la consigna del cinismo hipócrita—la hipocresía lleva careta cínica—la que dice: «Eso no puede decirse!» Sólo hay una cosa que no debe decirse, y es lo que no se siente. Y mientras no volvamos al desnudo, las buenas formas no serán más que engañifas de sastres. Y no es cosa de que los jorobados y escolióticos nos impongan un uniforme y nos hagan llevar joroba postiza ó andar torcidos para disimular su defecto.

Hay momentos en que creo que una lluvia de cieno acaso no nos estaría mal. Por lo menos es mejor verlo correr por el arroyo de la calle que saberlo en en el hondón de la charca, cebando ten-cas silenciosas.

Miguel de Unamuno

